

CARMEN VIDAL

**EL CORAZÓN HUMANO
EN LAS ENSEÑANZAS DE
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ**

**PROMESA
Centenario 9**

*El corazón humano
en las enseñanzas de San Josemaría Escrivá*

Serie: Centenario
Dirección: PROMESA

Directores de Colecciones

- Antropología:** Jutta Burggraf (Alemania)
Arquitectura: María Antonia Frías Sagardoy (España)
Biografías: Gustavo González Villanueva (Guatemala)
Centenario: PROMESA (Costa Rica)
Cine: Pedro Antonio Urbina (España)
Educación: Concepción Naval (España)
Encuentros Culturales: Helena Ospina (Costa Rica)
Espiritualidad: Javier Abad Gómez (Colombia)
Familia: Ana María Navarro (España)
Filosofía: Cecilia Echeverría (Costa Rica)
Historia: Mariano Fazio (Italia)
Literatura: Jorge Mario Cabrera (Costa Rica)
Milenio: PROMESA (Costa Rica)
Orientación Familiar: María Adela Tamés (Colombia)
Poesía: David Mejía Velilla † (Colombia)
Temas de Actualidad: Jorge Scala (Argentina)
Teología: Josep-Ignasi Saranyana (España)
www.arvo.net Antonio Orozco Delclós (España)

CARMEN VIDAL

EL CORAZÓN HUMANO
EN LAS ENSEÑANZAS DE
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

PROMESA
Centenario 9

248.6
V649c

Vidal, Carmen.
El corazón humano en las enseñanzas de San
Josemaría Escrivá / Carmen Vidal Montecinos.
—1a. ed. — San José, C.R. : Ediciones Promesa, 2003.
45 p. ; 21 x 14 cm. — (Centenario N° 9)

ISBN 9968-41-040-3

1. Vida cristiana – Autores católicos. I. Título

Dirección: Helena Ospina
Edición: Leticia Carrillo
Coordinación: Erika Chinchilla

Derechos reservados
Hecho el depósito de Ley
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro,
por cualquier medio, sin permiso de la editorial.

© EDICIONES PROMESA
Promotora de Medios de Comunicación, S. A.

Edificio Electronic Engineering
Costado Oeste de la Universidad de Costa Rica
Teléfono: 283-3033 Fax (506) 225-1286
Apartado 4300-1000. San José, Costa Rica
edicionespromesa@hotmail.com

Índice

Introducción.....	11
I. Significado del corazón humano.....	13
II. El corazón humano, centro de la persona	17
III. El corazón humano, centro del amor en la persona	21
IV. El corazón humano: ¿naturalmente bueno?	25
V. La virtud como <i>paideia</i> del corazón	29
VI. Conclusiones.....	35
Bibliografía.....	39

“*Corazones partidos / yo no los quiero;
y si le doy el mío, / lo doy entero*”¹.

Leer estos versos en *Camino* me removi6. Cursaba entonces primer a1o de Universidad y tenia una vida que orientar. Las posibilidades parecian abrirse como un abanico que se extendia de polo a polo: el conocimiento y desarrollo del hombre tras la conquista de ideales; las innumerables expresiones humanas plasmadas en la historia, el arte, el quehacer cientifico; la aportaci6n social para un mundo mejor; la b6squeda de aquello que “llenara” al hombre y orientara su vivir, su convivir, su pervivir. Necesitaba ver, con cierta certeza, a qu6 hay que apuntar en la persona para orientar su ser en su actuar. Los versos citados permanecian grabados en mi interior.

Surgio entonces esta cuesti6n: 6qu6 es el coraz6n en la persona? En el Valle del Elqui –cuna de la Nobel Gabriela Mistral– oí en mi infancia de

¹ *Camino*, n. 145.

labios de un campesino reflexivo y parco: “una persona vale lo que vale su corazón”; y en el ambiente rural, había expresiones que aludían al corazón y se entendían referidas a la persona en su totalidad.

Sin tener resuelto lo del corazón en la persona, a los seis meses de haber leído *Camino*, tomé la decisión de vivir el Primer Mandamiento del Decálogo de acuerdo a las enseñanzas de aquel libro que me había espoloneado en lo más íntimo: ¿en el corazón?

Transcurrido el tiempo, percibo que la plenitud y armonía a la que el hombre aspira, está vinculada al esfuerzo amoroso para actuar como lo expresa la canción citada: con todo el corazón. Pero percibo también que el admirable avance científico y tecnológico de hoy, contribuye a la disección de la persona, de la que se ha perdido su centro; que el materialismo que empapa las acciones humanas actualmente, ha transformado los sentimientos en un sentimentalismo invasor que sustituye a la verdad, al bien y a la belleza, y que por lo general se confunde con el corazón; que en la expresión corriente se identifica el corazón, con las tendencias sensibles o con la sensualidad.

Tales hechos despertaron el interés de desentrañar las enseñanzas de Mons. Josemaría Escrivá vinculadas con el corazón humano.

Introducción

Empezaremos mostrando los principios de las enseñanzas de Escrivá de Balaguer y el sentido de aquéllas.

Sus enseñanzas proceden de tres fuentes: una, es el conocimiento asiduo y amoroso de la palabra divina –Antiguo y Nuevo Testamento, doctrina de los Padres y de la Iglesia– siempre meditada y contemplada hasta descubrir nuevas perspectivas para la vida propia y para la de la mujer y del hombre de la calle². Así, cuando habla del corazón, su fuente es el corazón de Cristo³. Otra, es el conocimiento de sí mismo, como hombre y como hijo de Dios; y una tercera es su rica experiencia pastoral.

El sentido de sus enseñanzas es recordar a cada persona su llamado a una vida perdurable, que

² Cfr. *Amigos de Dios*, nn. 4, 58. *Es Cristo que pasa*, P. 13.

³ Cfr. *Surco*, n. 813. *Es Cristo...*, nn. 166, 167.

es directamente proporcional a la plenitud de amor lograda en esta vida⁴.

La perspectiva del hombre sustentada por Mons. Escrivá, le permite alcanzar un real y profundo conocimiento del ser humano y del sentido de su acción; tal afirmación puede ser demostrada por la experiencia de quienes han seguido fielmente sus enseñanzas en las entrañas de la sociedad en los cinco continentes y en las más diversas circunstancias. Personalmente puedo decir que al penetrar vitalmente en la doctrina de San Josemaría, se comprueba que quien muestra el hombre al hombre, es Jesucristo⁵; y no sólo a quien ha recibido y acogido el don de la fe, sino a todo aquél que posee la condición humana y ha recibido el invaluable don de la vida.

A continuación nos referiremos al significado del corazón humano (I); a la consideración del corazón como centro de la persona (II); al corazón humano como centro del amor (III); a la condición del corazón humano: ¿naturalmente bueno? (IV); a la virtud, como *paideia* del corazón (V); para terminar con algunas conclusiones sobre lo investigado (VI).

⁴ Cfr. *Amigos...*, n. 316; Cfr. *Es Cristo...*, nn. 20, 60.

⁵ Cfr. *Const. Gaudium et Spes*, n. 22, Documento Vaticano II, P. 181.

Significado del corazón humano

En algunos ámbitos de la antropología filosófica, y en consecuencia en el de la ética, el corazón se ha considerado en la esfera irracional del hombre, no en la del espíritu. Von Hildebrand señala que esta degradación obedece a que, por una parte, el corazón, se ha confundido con las pasiones. Por otra, las variadas experiencias de la afectividad han sido tratadas como un todo homogéneo, que se identifican con el corazón. Tal reducción ha conducido a una interpretación falsa y desastrosa⁶. Además, con frecuencia se ha teorizado sobre la afectividad y el corazón, sin consultar la realidad de ambos⁷; sin embargo, el corazón es valorado con realismo por el hombre corriente, por la Sagrada Escritura, por la liturgia y por la literatura universal.

Al referirnos al corazón aludimos con Von Hildebrand a esa íntima realidad del hombre, donde

⁶ Cfr. *El corazón* P. 33.

⁷ *Ibidem*, Pp. 25–26.

“se manifiesta el amor en todas sus formas: paternal y filial, de amistad, amor fraterno, conyugal, amor al prójimo”; que se muestra en el asombro, “en el entusiasmo, en la pena profunda y auténtica, en la gratitud, en las lágrimas de grata alegría o en la contrición”⁸. En la Revelación y en los autores espirituales, el corazón se considera como la orientación fundamental del ser humano. La imagen deriva del corazón biológico, el órgano más íntimo del que depende todo movimiento vital. Daujat lo describe como “ese elemento profundísimo del ser, donde la voluntad elige y ama lo que quiere de una manera absoluta y por encima de todo, y a lo que todo subordinará”⁹. Josemaría Escrivá dice al respecto: “Cuando hablamos de corazón humano nos referimos no sólo a los sentimientos, aludimos a toda la persona que quiere, que ama y trata a los demás. Y en el modo de expresarse de los hombres (...), el corazón es considerado como el resumen y la fuente, la expresión y el fondo último de los pensamientos, de las palabras, de las acciones. Un hombre vale lo que vale su corazón (...). No se trata de un sentimiento pasajero, que trae la emoción o las lágrimas. Se habla del corazón para referirse a la persona que, (...) se dirige toda ella –alma y cuerpo– a lo que considera su bien”¹⁰. Pertenece al corazón la alegría, el arrepentimiento, la alabanza a Dios y la decisión para oírlo, la duda, el temor, la vigilancia amorosa¹¹, la cordialidad, la confianza, la

⁸ *Ibidem*, Pp. 94–95.

⁹ *Vivir el Cristianismo*, P. 22.

¹⁰ *Es Cristo...*, n. 164.

¹¹ Cfr. *Ibidem*; *Camino*, n. 666.

seguridad¹², la paz¹³. La prudencia considerada como sabiduría del corazón, que es “el hábito que inclina a actuar bien: a clarificar el fin y a buscar los medios más convenientes para alcanzarlo”¹⁴; a usar la inteligencia para conocer y amar, para orientar y regir otras virtudes: la audacia sin insensatez, la templanza que no es insensibilidad ni misantropía, la paciencia que no es servilismo, la justicia que no es dureza¹⁵, la capacidad de reconocer los errores y de rectificar (preferirá “no acertar veinte veces antes que dejarse llevar por un cómodo abstencionismo”). Dicha prudencia inclina también a asumir el riesgo en las decisiones sin renunciar “a conseguir el bien por miedo a no acertar”, a la sencillez no pueril, a la veracidad sin aturdimientos ni ligerezas¹⁶. El corazón siente, “pero también sabe y entiende”¹⁷. La Verdad “es recibida en el corazón”¹⁸ y “en él permanece escrita”¹⁹, pero también “del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias”²⁰.

Mons. Escrivá nos muestra el origen del corazón humano a partir del libro de Ezequiel, donde el Creador del hombre declara: “os daré un

¹² Cfr. *Es Cristo...*, n. 142.

¹³ Cfr. *Via Crucis*, Est. IV.

¹⁴ *Amigos...*, n. 85.

¹⁵ Cfr. *Ibidem*, n. 87.

¹⁶ *Amigos...*, n. 88.

¹⁷ *Es Cristo...*, n.164.

¹⁸ *Ps.* 39, 9.

¹⁹ *Proverbios* 7, 3.

²⁰ *Mt.* 15, 19.

corazón nuevo y os revestiré de un nuevo espíritu; os quitaré vuestro corazón de piedra y os daré en su lugar un corazón de carne”²¹. Señala que, con el mismo corazón que se ama a los padres y se quiere a los amigos, se ama a la Trinidad del cielo y a la de la tierra; y que sólo si se es muy humano, se podrá llegar a ser divino, ya que recibimos un corazón de carne, no una voluntad de puro espíritu²².

Advertimos también que San Josemaría considera la acción del corazón como propia del espíritu humano, puesto que va constantemente unida a la del intelecto y a la de la voluntad. Así lo descubrimos cuando habla del diálogo del hombre con Dios: “el corazón –señala– se explaya, la voluntad se fortalece, la inteligencia –ayudada por la gracia– penetra de realidades sobrenaturales, las realidades humanas”²³. Lo mismo evidencia al referirse al modo de comunicarse de la única raza que existe sobre la tierra, según la concepción antropológica que sustenta: “(...) la lengua del diálogo de Jesús con su Padre, la lengua que se habla con el corazón y con la cabeza (...). Una lengua que se manifiesta en mil mociones de la voluntad, en luces claras del entendimiento, en afectos del corazón, en decisiones de vida recta, de bien, de contento, de paz”²⁴.

²¹ Ez. 39, 26 en *Es Cristo...*, n. 165.

²² Cfr. *Es Cristo...*, nn. 162, 22.

²³ *Es Cristo...*, n. 8.

²⁴ *Ibidem*, n. 13.

El corazón humano, centro de la persona

“No existe naturaleza humana”²⁵ afirma Sartre. Sólo hay hechos existenciales, sin sustrato que se afecte. En tal concepto del hombre, no cabe preguntarse por su centro.

Sin embargo, Pieper, con una visión más “experiencial”, afirma: “El hombre es persona, un ser espiritual –dueño de sus propios actos– que es todo en sí, que existe para sí y por sí, y en vista de su propia perfección”²⁶. Y posee la capacidad de respuesta dirigida a todo el hombre²⁷.

Adherimos a este segundo concepto de persona, y postulamos que hay “un algo” en ella que, aunando los elementos de su naturaleza, constituye el centro de su actuar. Para la búsqueda

²⁵ *L' Existentialisme est un humanisme*, P. 22; en *Virtudes fundamentales*, P. 95.

²⁶ *Virtudes fundamentales*, P. 95.

²⁷ Cfr. *Ibidem*.

de ese centro, acudimos a la concepción griega del hombre transmitida en la obra de Homero: “para hablar de hombres –consigna– es necesario primero hablar de dioses”²⁸. Es el autor del hombre quien dará la respuesta. Siguiendo este camino nos preguntamos ¿qué pide Dios al hombre?. “Dame, Hijo mío, tu corazón”²⁹. “¿Veis? –dice Escrivá de Balaguer–. No se satisface compartiendo: lo quiere todo. No anda buscando cosas nuestras (...), nos quiere a nosotros mismos”. “No le importan las riquezas, ni los frutos, ni los animales de la tierra, del mar o del aire, porque todo eso es suyo; quiere algo íntimo, que hemos de entregarle con libertad”³⁰: quiere nuestro corazón.

Confirma también la “centralidad” del corazón en la persona, el hecho que Dios a través del corazón de su Hijo conceda lo más esencial al hombre: el amor, la misericordia, el cariño³¹.

Por otra parte, la ética originada en el concepto de persona antes dicho, evidencia que la plenitud humana se alcanza en la donación, y que ésta se realiza plenamente por el amor. Escrivá afirma que es propio de enamorados dar, y esa donación se manifiesta en la entrega del corazón entero con ánimo de servir, de hacer el bien, de vivir ilusionado con ese compromiso y con el

²⁸ *Concepción del hombre en Homero*. M.L. Vial. Conf. UDEA Stgo. De Chile 27–VI–00.

²⁹ *Prov. 23, 26, en Es Cristo...*, n. 35.

³⁰ *Es Cristo...*, n. 35.

³¹ Cfr. *Es Cristo...*, n. 162.

comprometido³². La actitud opuesta es la de quien lleva “el corazón en la mano, como ofreciendo una mercancía: ¿quién lo quiere?”³³. En consecuencia, quien descubre la misión del corazón en su yo-personal, busca el camino de la entrega de todo el corazón; y se esforzará en quitar esa corteza que lo recubre, para percibir, en su interior, los toques del amor y de la verdad³⁴.

Descubrimos, además, otras manifestaciones de lo que queremos demostrar en las siguientes consideraciones: cuando queremos conocer a quien se ama, hay que contemplar su corazón³⁵; cuando se trata de acompañar en el dolor, “ofrecemos nuestro pobre corazón”³⁶; cuando se encuentra la verdad y el amor, se deposita luz y esperanza en el corazón³⁷; cuando el hombre identifica su voluntad con la amabilísima Voluntad de Dios, percibe que ahí radica su felicidad porque comprende que dentro del corazón está su Ley y en cumplirla se complace³⁸; si se trata de rescatar a una persona, hay que golpear su corazón a solas³⁹.

³² Cfr. *Amigos...*, nn. 183, 211.

³³ *Camino*, n. 146.

³⁴ Cfr. *Camino*, n. 130.

³⁵ *Ibidem*, n. 506

³⁶ *Via crucis*, Introducción, I.

³⁷ Cfr. *Ibidem*, Est. I.

³⁸ *Ibidem*, Est. II.

³⁹ Cfr. *Amigos...*, n. 74.

III

El corazón humano, centro del amor en la persona

Para Pieper “hay razones más que suficientes que a uno le sugieren no ocuparse del tema del amor”⁴⁰. El concepto es equívoco. Sin embargo, superadas las reservas podemos aceptar el concepto de Tomás de Aquino: “el amor es el regalo esencial. Todo lo demás que se nos da sin merecerlo, se convierte en regalo en virtud del amor”⁴¹. Como don, abarca lo sensual y lo anímico, lo espiritual y lo sobrenatural⁴².

Escrivá entiende el amor como “dilectio” –de *electio*– que comprende “affectio”, expresión del afecto sensible y de la firme determinación de la voluntad en la elección; y al mismo tiempo “studium”, manifestación de la voluntad de estar a disposición o al servicio de alguien, tan propio de la

⁴⁰ *Virtudes...*, P. 147.

⁴¹ *S.Th.* 1, 38, 2.

⁴² Cfr. *S.Th.* 3, 27, 2, 1.

inclinación amorosa⁴³. También lo entiende como “caritas”⁴⁴ –expresión tipificada por Cicerón–⁴⁵, que significa “un acto que sólo se consuma en el espíritu” y que añade al amor, el aprecio de un alto valor⁴⁶. Aquí se refleja el fuerte núcleo del amor verdadero y, ante todo, del amor a Dios, que en un sentido eminente se llama “caritas”, y expresa “(...) la predisposición a pagar algo por la unión” con el amor⁴⁷.

El amor así entendido, dice San Josemaría, “tiene (...) sus características manifestaciones. Algunas veces se habla del amor como si fuera un impulso hacia la propia satisfacción, o de un mero recurso para completar egoístamente la propia personalidad. Y no es así: amor verdadero es salir de sí mismo, entregarse”. Y como consecuencia surge la “alegría, que tiene sus raíces en forma de cruz”, ya que “mientras estemos en la tierra y no hayamos llegado a la plenitud de la vida futura, no puede haber amor verdadero sin experiencia del sacrificio, del dolor”. Éste es real y se paladea “porque supone vencer el propio egoísmo”; y “es fuente de íntimo gozo”, porque se “toma el Amor como regla de todas y de cada una de nuestras acciones”⁴⁸.

⁴³ Cfr. *Amigos...*, n. 231 (ref. dilectio); *Es Cristo...*, n. 36; *Virtudes...* P. 424.

⁴⁴ Cfr. *Amigos...*, nn. 230, 173, 174, 232–234, etc. *Es Cristo...*, n. 173.

⁴⁵ Cfr. *Virtudes...* P. 426.

⁴⁶ *S.Th.* 1–2, 26, 3.

⁴⁷ *Virtudes...*, P. 426.; Cfr. *Amigos...*, n. 173.

⁴⁸ *Es Cristo...*, n. 43.

Amar es para Escrivá “no albergar más que un sólo pensamiento, vivir para la persona amada, no pertenecerse, estar sometido venturosa y libremente, con el alma y el corazón, a una voluntad ajena... y a la vez propia”⁴⁹. “Este corazón nuestro ha nacido para amar. Y cuando no se le da un afecto puro y limpio y noble se venga y se inunda de miseria”. El verdadero Amor, “se halla igualmente lejos de la sensualidad que de la insensibilidad, de cualquier sentimentalismo como de la ausencia o dureza de corazón”⁵⁰.

Para el Fundador del Opus Dei, el amor se hace patente “en ese andar redentor de Jesucristo por nuestra tierra, hasta el sacrificio supremo de la Cruz”⁵¹. Pero los hombres “por miopía, por egoísmo, por estrechez de miras”, no vislumbramos el insondable amor del que somos objeto⁵². Si nos diéramos cuenta “cambiarían necesariamente nuestros corazones”; un panorama absolutamente nuevo se abriría ante nuestros ojos⁵³. Buscaríamos servir y no ser servidos, y nos encontraríamos “con fuerzas para amar a la humanidad de un modo nuevo, (...) que no se confunde con una postura sentimental, tampoco con la simple camaradería, ni con el poco claro afán de ayudar a los otros para demostrarnos a nosotros mismos que somos superiores”⁵⁴. Amaríamos a los que nos ponen

⁴⁹ *Surco*, n. 797.

⁵⁰ *Amigos...*, n. 183.

⁵¹ *Es Cristo...*, n. 162.

⁵² *Ibidem*, n. 163.

⁵³ *Ibidem*, n. 165.

⁵⁴ *Amigos...*, n. 230.

entre sus enemigos, a los que nos son menos simpáticos, y comprobaríamos que “el verdadero bálsamo es el amor, la caridad”⁵⁵. Quien abre su corazón al amor, procurará hacer el bien: enseñará lo que aprende, sin engreimiento; convertirá su trabajo en una tarea de servicio y se esforzará siempre en terminarlo bien, incorporando para ello todos los adelantos de la cultura y de la técnica; desarrollará una gran siembra de paz, con sus resultados concretos de amistad, cariño humano, comprensión en todos los caminos de los hombres⁵⁶.

Podemos concluir este apartado con palabras de San Josemaría: “Lo que se necesita para conseguir la felicidad, no es una vida cómoda, sino un corazón enamorado”⁵⁷.

⁵⁵ *Es Cristo...*, n. 167.

⁵⁶ Cfr. *Es Cristo...*, n. 166.

⁵⁷ *Surco*, n. 795.

El corazón humano: ¿naturalmente bueno?

La respuesta a la cuestión planteada está lejos de un falso optimismo naturalista en los escritos de Escrivá. Él sostiene que el corazón tiende a amar, pero muchas veces desordenadamente como secuela del desorden original que anida en sí⁵⁸. Esta realidad, se manifiesta por las exigencias de las tendencias humanas: apetencias de todo tipo que claman por ser satisfechas, haciéndonos sentir que de no complacerlas hemos emprendido caminos seguros de frustración e infelicidad.

A continuación referiremos algunos hechos que muestran los posibles desvíos del corazón:

– La inclinación del corazón a apearse a la criaturas⁵⁹, de las que le será difícil y doloroso desprenderse⁶⁰.

⁵⁸ Cfr. *Forja*, nn. 486,499; Cfr. *Camino*, nn. 147, 164.

⁵⁹ Cfr. *Camino*, n.147; Cfr. *Amigos...*, n. 118.

⁶⁰ Cfr. *Camino*, n. 149; Cfr. *Es Cristo...*, n. 73.

– La resistencia a sujetarse a la voluntad de su Dios, y la facilidad con que se acomoda a la voluntad de cualquier criaturilla⁶¹. Vacila ante las invitaciones divinas, llegando a recorrer la senda de los hipócritas: se busca a sí mismo, mantiene apariencia cristiana ante quienes le rodean –sin aceptar renunciadas ni tratar de vencer las pasiones torcidas– y titubea ante la entrega abnegada y sin condiciones⁶².

– La fácil flaqueza que siente ante las exigencias del Amor, y la búsqueda de apoyos terrenos que le encadenan o que le llevan a beber en charcas de consuelos mundanos⁶³.

– Esconde rincones que lo avergüenzan, ante quien puede limpiarlos⁶⁴.

– Se concede abandonar un quehacer divino, por un engaño pasajero⁶⁵.

– Empequeñece su capacidad, escondiendo y guardando sus afanes⁶⁶ o no correspondiendo al Amor, llegando a presentar una imagen falsa –como de quien corresponde– caracterizada por la sequedad, la tiesura, la fisonomía de una persona triste, alicaída, infeliz⁶⁷.

⁶¹ Cfr. *Camino*, nn. 156, 157.

⁶² Cfr. *Amigos...*, n. 133.

⁶³ Cfr. *Camino*, nn. 159, 160; Cfr. *Surco*, n. 812.

⁶⁴ Cfr. *Camino*, n. 477.

⁶⁵ Cfr. *Forja*, n. 487.

⁶⁶ Cfr. *Surco*, n. 802.

⁶⁷ Cfr. *Amigos...*, n. 183; Cfr. *Surco*, n. 810.

– Se siente depositario del bien y de la verdad absoluta “(...) investido de un título personal o de un derecho a desarraigar el mal a toda costa”⁶⁸.

– Empieza acciones con muchos bríos y poco a poco se va achicando⁶⁹.

– Gusta chapotear en las tentaciones: jugar con la vista y con la imaginación, conversar de estupideces, y luego debatirse en dudas, escrúpulos, confusiones, tristeza y desaliento⁷⁰.

– Es inconstante en la pelea contra los enemigos que están “dentro de la ciudadela interior: el orgullo, la envidia, la concupiscencia de la carne y de los ojos, la autosuficiencia, la alocada aridez del libertinaje”⁷¹.

– Abdica de sí mismo para servir al primero que le presente atrayentes sonidos; para atarse a “cosas que brillan sin valor”; para no negar nada al estómago, a los ojos, a las manos, ni a la facultad de engendrar utilizada como un instrumento al servicio del egoísmo⁷².

Frente a la condición del corazón, San Josemaría enseña: “No todo lo que experimentamos en el cuerpo y en el alma ha de resolverse a rienda

⁶⁸ *Surco*, n. 824.

⁶⁹ Cfr. *Ibidem*, n. 183.

⁷⁰ Cfr. n. 132.

⁷¹ Cfr. *Amigos...*, n. 211.

⁷² *Ibidem*, nn. 84, 178.

suelta. No todo lo que se puede hacer se debe hacer. Resulta más cómodo dejarse arrastrar por los impulsos que se llaman naturales; pero al final de ese camino se encuentra la tristeza, el aislamiento en la propia miseria”⁷³. “Hemos de gritar al mundo entero, con la boca y el testimonio de nuestra conducta: no emponzoñemos el corazón, como si fuéramos pobres bestias, dominados por los instintos más bajos”⁷⁴.

⁷³ *Amigos...*, n. 84.

⁷⁴ *Ibidem*, n. 178.

La virtud como paideia del corazón

El epígrafe hace referencia a la formación del corazón.

Sostenemos con Karol Wojtyła que la persona se hace a través de la acción⁷⁵, ya que el hombre se relaciona con la realidad del mundo a través de aquélla. Abbá sostiene que la acción humana se constituye a partir de un querer del sujeto que actúa hacia un bien que comprende y juzga como tal⁷⁶. Por tanto, el bien que la razón conoce “es decisivo en la constitución de la acción humana”⁷⁷. Es la persona que actúa quien pronuncia “sobre las realidades y sobre las acciones un juicio de bondad o de valor (juicio práctico)”⁷⁸. Este querer racional, principio de acción, consiste en una apertura

⁷⁵ Cfr. *Persona y Acción*.

⁷⁶ Cfr. *Felicidad, vida buena y virtud*. Pp. 40–41.

⁷⁷ *Ibidem*, P. 41.

⁷⁸ *Ibidem*.

indefinida hacia los diversos tipos de bienes, y a lo que es bien por excelencia: la felicidad⁷⁹.

Según hemos visto, la acción humana procede del corazón y está llamada a ser obra del amor. Dada la condición del corazón, deducimos que necesita aprender a actuar –aprender a amar, aprender a discernir entre el Bien y los bienes, aprender a distinguir las prioridades que demanda su realidad de persona–, para ir logrando a través de hábitos del buen amor, la virtud o cualidad humana que le capacitará para conseguir la armonía y felicidad que anhela y que busca incansablemente a través de su actuar.

Para este proceso de formación, seleccionamos algunas acciones recogidas en los escritos de Mons. Escrivá:

– Resolver “el dilema definitivo: o consumir la propia existencia en forma egoísta y solitaria, o dedicarse con todas las fuerzas a una tarea de servicio”⁸⁰.

– “Aprender a hacer el bien”, cultivando personalmente virtudes con “empeño efectivo y cotidiano”⁸¹; sufriendo, sin dejarse arrastrar por la rebeldía; queriendo el bien para otro constantemente: gozar ante el bien ajeno, no obrar precipitadamente, ni ensoberbecerse, ni buscar sus

⁷⁹ *Ibidem*.

⁸⁰ *Amigos...*, n. 236.

⁸¹ *Ibidem*, n. 232.

intereses, ni irritarse, ni pensar mal; no ser materialmente ambicioso, no gozarse en la injusticia sino complacerse en la verdad⁸².

– Acercarse y encariñarse con Jesucristo: “(...) Cuanto más quieras a Jesús, más gente cabrá en tu corazón”⁸³. “Hay que aprender de Él detalles y actitudes. Y, sobre todo, hay que contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, serenidad, paz. Cuando se ama a una persona se desean saber hasta los más mínimos detalles de su existencia, de su carácter, para identificarse con ella. Por eso hemos de meditar la historia de Cristo (...). Porque hace falta que la conozcamos bien, que la tengamos toda entera en la cabeza y en el corazón, de modo que, en cualquier momento, sin necesidad de ningún libro, cerrando los ojos, podamos contemplarla como en una película; de forma que, en las diversas situaciones de nuestra conducta, acudan a la memoria las palabras y los hechos del Señor. (...) Si obramos así, si no ponemos obstáculos, las palabras de Cristo entrarán hasta el fondo del alma y nos transformarán.”⁸⁴. “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que espada de dos filos, y se introduce hasta en los pliegues del alma y del espíritu, hasta en las junturas y tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”⁸⁵.

⁸² Cfr. *1 Co.*, 13, 4–7, en *Amigos...*, n. 232.

⁸³ *Forja*, n. 876.

⁸⁴ *Es Cristo ...*, n. 107; Cfr. n. 168.

⁸⁵ Cfr. *Heb.* 4, 12, en *Es Cristo...*, n. 107.

–Aprender a aceptar el dolor “porque –después del pecado original– forma parte de la condición humana. (...) La enseñanza cristiana sobre el dolor no es un programa de consuelos fáciles. Es, en primer término, una doctrina de aceptación de ese padecimiento (...). Porque las tribulaciones nuestras, cristianamente vividas, se convierten en reparación, en desagravio, en participación en el destino y la vida de Jesús, que voluntariamente experimentó por Amor a los hombres toda la gama del dolor, todo tipo de tormentos”⁸⁶.

– Olvidarse de sí, ya que dicha actitud engendra la alegría del corazón⁸⁷.

– Aprender a guardar el corazón⁸⁸: desahogarlo donde se debe para buscar, no sólo el consuelo sino lo mejor⁸⁹; rectificar los afectos para que no sean el envoltorio del egoísmo⁹⁰; reprender, cuando es necesario enseñar a corregir un defecto “nunca por un desahogo de tu mal carácter”⁹¹, y “muy rara vez a la tremenda”, sino con claridad y amabilidad⁹².

– Aprender a perdonar, “con toda el alma y sin resquicios de rencor”⁹³.

⁸⁶ *Es Cristo...*, n. 168; Cfr. *Forja*, n. 755.

⁸⁷ Cfr. *Amigos...*, nn. 21, 22.

⁸⁸ Cfr. *Forja*, n. 414.

⁸⁹ *Ibidem*, n. 428.

⁹⁰ *Ibidem*, n. 477.

⁹¹ *Surco*, n. 822.

⁹² *Ibidem*, n. 823.

⁹³ *Ibidem*, n. 805.

– Evitar “con delicadeza todo lo que pueda herir el corazón de los demás”⁹⁴. “¿Por qué entre diez maneras de decir que “no”, has de escoger siempre la más antipática? La virtud no desea herir”⁹⁵.

– Entusiasmarse con los caminos rectos de los hombres y sujetarse “heroicamente al deber”⁹⁶, poniendo el corazón que es suavidad⁹⁷.

– Cultivar la virtud de la castidad –“la de cada uno en su estado: casado, soltero, viudo, sacerdote– que es una triunfante afirmación del amor”⁹⁸. Es amar “con un cariño claro, ardiente, ordenado”⁹⁹.

– Recuperar el tiempo perdido: mejorar en la piedad, en el trabajo, en convivir “a gusto con todos, también con los que te molestan” y en amar “–para servir– a quienes despreciabas”¹⁰⁰.

– Aprender a unir, a comprender, a disculpar, a callar, a rezar. “No levantes jamás una cruz sólo para recordar que unos han matado a otros. Sería el estandarte del diablo”¹⁰¹.

⁹⁴ *Ibidem*, n. 807.

⁹⁵ *Ibidem*, n. 808.

⁹⁶ *Ibidem*, n. 813.

⁹⁷ Cfr. *Camino*, n. 162.

⁹⁸ *Surco*, n. 831; Cfr. *Amigos...*, n. 180–184.

⁹⁹ *Amigos...*, n. 178.

¹⁰⁰ *Surco*, n. 167.

¹⁰¹ *Vía crucis*, Est. VIII.

– Vencer el descorazonamiento originado por “la bajeza de nuestro egoísmo, los zarpaos de la sensualidad, los manotazos de una vida inútil y ridícula, y muchas otras claudicaciones”¹⁰².

– Examinar el corazón y dejarse ayudar¹⁰³: “Habrás ganado una batalla si pierdes el miedo a darte a conocer”¹⁰⁴.

– Amar a la Patria como el que más, “y a la vez tener por míos los afanes nobles de todos los países. (...) “¡Católico!: corazón grande, espíritu abierto”¹⁰⁵.

A modo de corolario, queremos afirmar con San Josemaría: “No existe corazón más humano que el de una criatura que rebosa sentido sobrenatural”¹⁰⁶.

¹⁰² *Amigos...*, n. 212.

¹⁰³ Cfr. *Camino*, nn. 166, 167.

¹⁰⁴ *Camino*, n. 65.

¹⁰⁵ *Ibidem*, n. 525.

¹⁰⁶ *Surco*, n. 801.

Conclusiones

En primer lugar, afirmamos la universalidad de las enseñanzas de San Josemaría Escrivá sobre el tema investigado. Dos razones avalan lo dicho: una es el fundamento antropológico que las sustenta; otra, la difusión –*urbi et orbi*, si se me permite decirlo–, de los principales escritos consultados para este trabajo: *Camino*, 352 ediciones, traducido a 42 idiomas, 4.174.197 de ejemplares¹⁰⁷; *Forja*, 43 ediciones, traducido a 12 idiomas, 384.000 ejemplares¹⁰⁸; *Surco*, 67 ediciones, traducido a 18 idiomas, 432.000 ejemplares¹⁰⁹; *Amigos de Dios*, 25 ediciones¹¹⁰; *Es Cristo que pasa*, 35 ediciones, 265.000 ejemplares¹¹¹; *Via crucis*, 27 ediciones¹¹².

¹⁰⁷ Cfr. *Camino*, Buenos Aires, Ed Librería Córdoba, 9ª ed. Argentina, 2000, 367 pp.

¹⁰⁸ Cfr. *Forja*, Idem., 372 pp.

¹⁰⁹ Cfr. *Surco*, Idem, 362 pp.

¹¹⁰ Cfr. *Amigos de Dios*. Madrid, Ed. Rialp S.A., 25ª ed., 1999, 467 pp.

¹¹¹ Cfr. *Es Cristo que pasa*. Idem, 35ª ed., 1999, 423 pp.

¹¹² Cfr. *Via crucis*. Idem. 27ª ed., 2000, 135 pp.

En segundo lugar, confirmamos la hipótesis inicial: que el corazón es lo más íntimo en la persona. Es ese fondo afectivo y misterioso donde ancla la verdad que la inteligencia descubre, que –al mismo tiempo– la voluntad acepta como amable para vivir y que vincula al sujeto con el mundo circundante; es ese “espacio” donde es recibido el Amor y los amores; el lugar donde el hombre puede acrisolar su grandeza o su deterioro, y el sitio real del timón de las acciones personales. El corazón aparece como ese “algo” íntimo que aún –en la acción– las potencias del hombre, y que expresa con espontaneidad el sentimiento profundo, la actitud y la disposición constante de la cualidad adquirida (virtud o vicio). Y que es el receptor del combustible humano para la acción: el amor.

En tercer lugar, descubrimos que San Josemaría concibe el corazón como ese algo del ser humano que une el cuerpo al alma y el alma al cuerpo, ya que recibimos un corazón de carne, no una voluntad de puro espíritu.

En cuarto lugar, a partir de la comprensión del amor como *caritas*, se evidencia que el amor es un don que el hombre acepta o rechaza libremente. “La caridad no la construimos nosotros; nos invade con la gracia de Dios, porque Él nos amó primero”¹¹³ afirma Escrivá, parafraseando a San Juan evangelista.

¹¹³ *Amigos...*, n. 229.

En quinto lugar, comprobada la “centralidad” del corazón en la persona y en el amor, y la condición del corazón humano, lo que hemos denominado *paideia* del corazón aparece como acción que requiere atención de parte del yo y de quienes quieren el bien para otros. El corazón requiere educación: necesita aprender a amar, aprender a abrirse al Amor, a capacitarse para recibirlo primero para luego darlo, abrazándose al Bien y a los bienes que –como consecuencia–, le otorgarán la felicidad real a que tiende, y de la cual será un propagador incontenible. Tal proceso –concluimos de la doctrina de San Josemaría– es un camino que recorre cada mujer, cada hombre, forjando y haciendo surcos en su corazón a base de descubrimientos y compromisos, de decisiones y esfuerzos sostenidos, de luchas ilusionadas, de amplitud en el horizonte, de renunciaciones dolorosas pero amables, de confianza, de rectificaciones –con alegría en el corazón–, hasta cruzar el umbral de esta vida nuestra en la tierra.

En sexto lugar, consideramos que los datos recogidos aportan la información suficiente para afirmar que la unidad de la persona en sus acciones –que el Santo denomina unidad de vida¹¹⁴–, tiene como base humana la conquista de la virtud como *paideia* del corazón.

¹¹⁴ Cfr. *Amigos...*, n. 265.

En séptimo lugar, nos atrevemos a manifestar la proximidad que observamos entre el corazón y la conciencia moral, que será tema de otra investigación.

En octavo lugar, comprobamos que San Josemaría recupera el concepto del corazón humano propio de la Sagrada Escritura, obscurecido por el pensamiento ilustrado y del romanticismo.

Por último, concluimos que este trabajo es el comienzo del conocimiento del corazón humano en las enseñanzas del Santo. Del material consultado, sólo hemos usado una parte para la redacción del tema. Y somos conscientes que hemos de llegar a otros escritos, biografías, material de archivo y audio visual existente, como también al testimonio vivo de hijas, hijos y amigos de quien llamamos, con todo el corazón, nuestro Padre.

Bibliografía

- Abbá, G. *Felicidad, vida buena y virtud*. Pamplona. Eunsa, 1992, 307 págs.
- Aquino, T. *Suma teológica*, I, I-II, II-II, III. Madrid, B.A.C., 1898.
- Berglar, P. *Opus Dei*. Madrid, Ed. Rialp S. A., 1987, 424 págs.
- Bernal, S. *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*. Madrid. Ed. Rialp S.A., 6º ed., 1980, 388 págs.
- Daujat, J. *Vivir el Cristianismo*. Madrid, Ed. Rialp, 2ª ed., 1965, 255 págs.
- Gondrand, F. *Al Paso de Dios*. Madrid, Ed. Rialp S.A., 1985, 318 pág.
- Hildebrand, D. von. *El Corazón*. Madrid, Ed. Palabra, 3ª ed., 1998, 224 págs.
- La esencia del amor*. Pamplona, Eunsa, 1998, 430 págs.
- Lewis, C.S. *Los cuatro amores*. Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1989, 164 págs.
- Echevarría, J. *Memorias del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*. Madrid, Ed. Rialp S.A., 2ª ed., 2002, 357 págs.
- Escrivá de Balaguer, J. *Camino*. Madrid, Ed. Rialp S.A., 34ª ed. Castellana, 1979, 335 págs.
- _____. *Surco*. Madrid, Ed. Rialp S.A., 3ª ed., 1986, 474 págs.
- _____. *Forja*. Madrid, Ed Rialp S.A., 3ª ed., 1987, 412 págs.
- _____. *Es Cristo que pasa*. Madrid, Ed. Rialp S.A., 18 ed., 1981, 423 págs.

- _____. *Amigos de Dios*. Madrid, Ed. Rialp S.A., 24 ed., 1997, 467 págs.
- _____. *Vía Crucis*. Madrid, Ed. Rialp S.A., 9ª ed., 1995, 135 págs.
- Malo. *Antropología dell' affettività*. Roma, Armando editore, 1999, 304 págs.
- Marina, J. A. *El laberinto sentimental*. Barcelona, Ed. Anagrama, 5º ed., 1996, 280 págs.
- Portillo, Álvaro del. *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*. Madrid, ed. Rialp S.A., 2ª ed., 1993, 252 págs.
- Pieper, J. *El descubrimiento de la realidad*. Madrid, Ed. Rialp S.A., 3ª ed., 1974, 247 págs.
- Virtudes Fundamentales*. Madrid Rialp S.A., 3ª Coedición con Quinto Centenario S.A. Bogotá, 1988, 572 págs.
- Platón. *El Banquete*. B. Aires, Ed. Aguilar Argentina S.A., 11ª ed., 1982, 128 págs.
- Rhonheimer, M. *La prospettiva della morale*. Roma, Armando Editore, 1994, 360 págs.
- Sagrada Biblia*. Valencia, España, Ed. Alfredo Ortelli, S.L., 1993, 1515 págs.
- Spaemann, R. *Felicidad y Benevolencia*. Madrid, Ed. Rialp S.A., 1991, 285 págs.
- Vaticano II. *Constitución Gaudium et Spes*. Madrid, B.A.C., 1982, 723 págs.
- Vázquez de Prada, A. *El Fundador del Opus Dei*. Madrid, Ed. Rialp S.A., 4ª ed., 638 págs.
- Wojtyla, K. *Persona y Acción*. Madrid, B.A.C., 1982, 352 págs.
- Yanguas, J.M. *Amar con todo el corazón*. En *Romana*, Año XIV, n. 26, págs. 144–157.
- Zubiri, J. *La inteligencia sentiente*. Madrid, Ed. Alianza, 1981, 282 págs.

Carmen VIDAL MONTECINOS es Doctora en Ciencias de la Educación por la Universidad de Navarra. Entre sus publicaciones se encuentran las siguientes: *Espíritu de la Época y Educación*; *La Formación del Pensamiento Humano*; y *Prudencia y Educación*. Fundadora del Centro Internacional e Interuniversitario de Filosofía de la Educación –CIPEFE– para el perfeccionamiento docente. Actualmente desarrolla un proyecto de investigación sobre “La Afectividad Humana” y se desempeña como Profesora titular en el Programa de Doctorado: “Derecho de la Información, Ética y Comunicación” de la Universidad Complutense de Madrid, en la Asignatura de Antropología y Comunicación.

Cierta antropología intelectualista considera frecuentemente dos potencias espirituales en la persona: el intelecto y la voluntad. El corazón humano se relega a la parte irracional del hombre. Dietrich von Hildebrand trata ampliamente el tema del corazón (*El Corazón*, 1997; *La esencia del amor*, 1998), con el fin de reivindicar el significado de aquél en la persona. También lo hacen otros filósofos, aunque empleando otros términos. San Josemaría Escrivá en sus enseñanzas –desarrolladas entre 1928 y 1975 y abiertas a la riqueza, a la amplitud, a la pluralidad de las acciones libres del hombre– en lo referente al corazón desvela –de una manera viva y existencial– su significado y aquello que le es propio: la “centralidad” del corazón en la persona y en su acción fundamental que es amar; la necesidad de formar el corazón, afectado por el desorden que padece el hombre después del pecado original. La paideia del corazón –así llamamos al proceso de formación– requiere enseñar a amar, “practicando” los distintos aspectos que integran el amor como *dilectio* (*affectio* y *studium*) y como *caritas*. La acción cotidiana que la persona común y corriente realiza en el ámbito familiar, laboral, cultural y social, es el lugar propicio para dicha práctica. El fundamento antropológico de las enseñanzas en estudio del Santo, lo encontramos en la Sagrada Escritura, en la doctrina del Magisterio y de los Padres de la Iglesia. Pero también lo descubrimos en el conocimiento que de sí mismo tenía Mons. Escrivá, como hombre e hijo de Dios, y en su rica experiencia pastoral. Dichos fundamentos, como se comprobará, otorgan universalidad a sus afirmaciones que se perciben profundamente válidas para todo tiempo y lugar donde haya un corazón humano; no sólo como podría creerse para quienes han recibido y acogido el incomparable don de la fe, sino para todo el que pertenece a la condición humana –varón o mujer– y ha recibido el invaluable don de la vida. Consideramos que las enseñanzas del Santo vinculadas con el corazón humano contribuirán de una manera renovadora, y por qué no decir, revolucionaria, a la acción educativa de los hombres y mujeres del siglo que comenzamos y de los venideros, con la misma encantadora y profunda eficacia conseguida en quienes las han hecho vida en el recién pasado siglo veinte.

